

este detalle, como efecto mecánico de una extremada sinceridad de pensamientos y de impresiones, no daba á la expresión de su mirada el menor acento de dureza. Era sana como un coral, muy ingenua, sobre todo, y diligente y animosa. Pintaba un poco, tocaba regularmente el piano y leía con gusto los buenos libros de imaginación. No era una artista; pero sentía y saboreaba el arte á su manera.

¡Y el bendito de su padre, sin acertar á leer lo que estaba tan á la vista en aquel libro tan abierto!

Pensando como se ha visto, llegó Bermúdez á su despacho; y manoseando la correspondencia que el ama de llaves había dejado sobre su pupitre mientras andaba él á caza de los secretos de Nieves, topó con una carta que traía el sello de la administración de correos de Villavieja. Alegróse mucho de ello, y se sentó para leerla con toda comodidad, porque prometía, por el bulto, ser bastante larga.

Abrióla, y lo era en efecto. La firmaba don Claudio Fuertes y León, y decía lo que podrá ver el lector, si es curioso, en el siguiente capítulo.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO

IV

DE LO QUE ESCRIBIÓ DESDE
VILLAVIEJA DON CLAUDIO FUERTES Y LEÓN, Á
DON ALEJANDRO BERMÚDEZ PELECHES

Mi amigo y señor: quedan en ejecución y serán cumplidas conforme á los deseos de usted, las órdenes que se sirvió darme en su favorecida carta última, lo propio que lo han sido ya las que me ha ido comunicando en sus tres gratas anteriores, «en previsión», como usted decía, «de lo que pudiera suceder el día menos pensado». La noticia de que, al cabo, sucederá con entera certidumbre y en fecha no lejana, que también me fija usted, me ha servido de grandísima satisfacción. Quédame, sin embargo, el temor de que le engañen á usted algo los deseos en cuanto comience á realizarlos en esta vetusta y apollillada soledad, al cabo de tantos años de rodar por el mundo y de residencia en una

de las ciudades más hermosas y florecientes de él. Cuando menos, es muy de recelar que, si no usted, porque ha nacido aquí y lo conoce bien y lo ama, pues lo arraigó en su corazón siendo niño, la señorita Nieves, que se halla en muy distinto caso, se aburra á los cuatro días; y en aburriéndose ella, ayúdeme usted á sentir. Pero á esto me replicará usted que me meto en lo que no me importa, y á buena cuenta le pido mil perdones por el atrevimiento.

»Cuando venga usted verá que se ha sacado todo el partido posible del deteriorado palación, y que no pegan del todo mal, después de las reparaciones hechas en él, aunque de prisa y corriendo y con los pocos y malos elementos que aquí hay, el piano y los demás muebles, trapos y cachivaches que usted me ha ido remitiendo, en los lugares que ocupan, según sus minuciosas instrucciones. En pliego adjunto le envió una nota bien detallada y comprensiva de todas las mejoras efectuadas en Peleches bajo mi dirección, para gobierno de usted antes de salir de Sevilla. Celebraré que le satisfaga.

»Dicho esto, paso á cumplir lo más peliagudo de todas las comisiones que he tenido el gusto de recibir de usted desde el día en que me honró con el cargo de apoderado suyo en este término municipal. Díceme usted que le envíe abundantes noticias, que sean así como á

modo de pintura fiel de Villavieja en su estado actual, mirada por fuera y por dentro, porque hace muchos años que la ha perdido usted de vista y desea, cuando á ella vuelva, no pisar como en terreno desconocido. Con la seguridad de hacerlo mal, pero con el propósito firme de servirle á usted fielmente, allá va, á la buena de Dios, la pintura que me encomienda; y «si sale con barbas, San Antón...»

»Si le dijera á usted que Villavieja estaba en el propio ser y estado en que usted la dejó tantos años hace, le engañaría á usted y adularía á Villavieja; porque, en rigor de verdad y cumpliendo la ley de su destino, tiene de peor que entonces el estrago del tiempo transcurrido, y el de las miserias y la incuria de sus habitantes. De mejor, ni un ladrillo, ni un clavo, ni una teja. Lo que á la salida de usted estaba temblando, se ha venido al suelo, y mucho de lo que estaba firme y erguido entonces, se tambalea ahora preparándose para caer, ó escarbando para echarse, como en casos parecidos se dice por acá. De pueblos de secano que tuvieron grande importancia en tiempos remotos y hoy son montones de ruinas solitarias ó poco más, abundan los ejemplos; y hay razón para que abunden, porque entonces se guerreaba y se vivía de cierto modo, y los lugares más altos y más inaccesibles ó de más fácil defensa, eran

los preferidos para fundar pueblos; al revés de lo que acontece hoy por exigencias de nuestro modo de vivir; pero ejemplos de puertos de mar, de poblaciones costañas, que vayan de mal en peor desde medio siglo acá, no conozco más que uno, el de Villavieja. No parece sino que se le dió el castigo con el nombre que se le puso. Á este propósito le diré á usted que he registrado los archivos municipales, los eclesiásticos y hasta desvanes particulares con el fin de averiguar algo sobre la fundación de esta villa y el origen y fecha de su nombre, y que nada he conseguido. Con decirle á usted que ni siquiera figura en el mapa de España que hay aquí en la escuela pública, está dicho todo. Si se hace uno cruces al notar aquella falta de rastros históricos donde tanto debieran abundar, le dicen los doctos villavejanos: «eso y más de otro tanto destruyó *la francesada*». «Corriente, se les replica; pero ¿en qué consiste lo del mapa? ¿por qué no figura este puerto en él?» Á estas preguntas responden que también eso es obra de los franceses, por rencores de otros tiempos, es decir, de los tiempos de «*la francesada*». Aquí anda «*la francesada*» todavía tan fresca y tan rozagante como si hubiera pasado por Villavieja antes de ayer. Replíqueles usted que el mapa ese y otros tales no están hechos en Francia sino en España. Lo negarán en redondo,

porque no conciben en los españoles que no sean villavejanos, talentos tan considerables; y si alguna excepción le admiten, sostendrán que la omisión se ha hecho, se hace y se hará en ese mapa y en todos los mapas, por envidias y malquerencia de la gente de Madrid. El caso es que se ignora por qué se bautizó esta villa, al nacer, con el calificativo de *vieja*, ó si se le dió más tarde á título de mote expresivo. Lo que no tiene duda es que el nombre, ó la maldición ó lo que sea, le cae á maravilla.

«Tiénese, y tengo yo también, por causa principalísima de este mortecino estado de cosas, la inextinguible y tradicional enemiga que existe, como usted sabe, entre los Carreños de la Campada y los Vélez de la Costanilla, los dos principales barrios, según usted recordará, bajo y alto, respectivamente, de Villavieja. Estas dos familias, que tuvieron cierta relativa importancia fuera de aquí, y aquí mucho prestigio siempre, han podido, y aún hoy, que han venido muy á menos, podrían hacer ó conseguir que otros hicieran algo bueno y beneficioso para la localidad; pero precisamente les ha dado la calentura por ahí; es decir, por estorbar, por destruir los de arriba cuanto proyectan ó discurren los de abajo, y viceversa; y de este modo, unos por otros se va quedando la casa por barrer. Añádase á esto que Villavieja

nunca ha podido agenciarse un valedor en Madrid ni en la capital de la provincia; que la carretera nacional pasa á media legua de distancia de la villa, sea porque los ingenieros no tuvieron noticia de nosotros cuando la trazaron, ó porque nos concedieron escasísima importancia; que la provincia no ha querido construir ese pequeño ramal de empalme, y que este municipio no ha logrado mejorar debidamente la áspera senda que hace sus veces, porque siempre que lo ha intentado, no con gran empeño, ha nacido la sospecha en los de la Campada ó en los de la Costanilla, de que el intento era cosa de los de la Costanilla ó de los de la Campada, y se le ha llevado el demonio con las artes de costumbre; añádanse, repito, y ténganse presentes estos hechos y algunos más de su misma traza, que no necesito mencionar, y hasta resultará una justificación de la conducta de los villavejanos. Al verlos tan tranquilos, tan apegados á su cáscara y tan satisfechos y enamorados de ella, verdaderamente se duda si el estado material de la villa es obra de la dejadez del habitante, ó si el habitante es así porque haya encarnado en su naturaleza, como espíritu, la catadura singular de la villa.

»Alguien se forjó la esperanza de que con la moda del veraneo entre las gentes ricas del interior, y las excelentes condiciones de esta pla-

ya, tan abrigada y espaciosa, no faltaría quien se fijara en ella, empezando de ese modo y por ahí una era de relativo florecimiento para la villa y su puerto. ¡Buenas y gordas! Vino, seis años hará, una familia de muy lejos, con dinero abundante y dispuesta á bañarse y á pasar aquí una larga temporada. Por de pronto, le costó Dios y ayuda encontrar hospedaje, y ese malo. Al día siguiente estuvieron á punto de ahogarse la señora y sus dos hijas, por no haber hallado á ningún precio quien se prestara á servirles de bañero, y no saber ellas dónde se metían. Al hijo mayor, joven de veinte años, le desplumaron aquella misma noche en el Casino; y al otro día se largaron todos por donde habían venido, después de haberles sacado el redaño el posadero. Claro está que no han vuelto por aquí, ni alma nacida tampoco.

»En otra ocasión se denunció en este mismo término, y á la puerta de casa, algo que parecía buena mina de carbón de piedra: lo olieron unos ingleses y la compraron por poco dinero. Creímos algunos que por ese lado iba á hallarse la villa un buen remedio para su capa; pero después de algunos trabajos preparatorios y una explotación somera de la mina, la abandonaron los explotadores, ó mejor dicho, se la vendieron por cincuenta mil reales á tres sujetos de aquí. Al cabo se quedó con la empresa

uno solo, comprando las representaciones de los otros dos con un ochenta por ciento de merma. Este sujeto, un tal Barraganés, rematante de arbitrios, la explota desde entonces arañando por encima y ocupando en las labores, sólo á temporadas, cuando más ocho obreros, cuyo hallazgo le cuesta un triunfo. Para llevar á vender, donde convenga mejor, lo que se va acopiando de este modo tan sosegado, viene un vaporcillo de cabotaje cada cuatro ó seis meses; y éste es el único barco que fondea en este puerto años hace. Los ingleses hicieron una carreterilla desde la mina al embarcadero, cosa de dos kilómetros, pero, por desgracia, en dirección contraria á la general del Estado; afianzaron un poco el ruinoso muelle con unos cuantos sillares y media docena de tablones, y eso hemos salido ganando. De estas cosas y otras que también dejo mencionadas, y algunas que mencionaré más adelante, ya le enteré á usted en su debido tiempo, así como del rumbo que gastaba el inglés principal, lo apegado que estaba á la villa, y lo muchísimo que la hubiera enseñado si, como se marchó á los dos años de haber venido, porque la mina les dió chasco, permanece entre nosotros dos años más siquiera; pero se lo vuelvo á referir á usted porque, en mi deseo de darle el cuadro completo, no quiero omitir en él ninguno de sus componen-

tes principales, aunque ya le sean conocidos.

»No habrá usted olvidado lo que pasó con aquel señor catalán que estuvo aquí no hace mucho con el intento de establecer una fábrica de salazón y de escabeches, trayendo, para surtirla de pescado, una escuadrilla de lanchas bien tripuladas, y contratando rumbosamente las tres que aún había en el puerto. En cuanto le conocieron las intenciones los villavejanos más arrimados á la playa, le dieron tal zambullida en la mar, cogiéndole de improviso un anochecer, de diciembre, por más señas, y tal corrida de palos á la salida, que no esperó ni á mudarse la ropa para huir de Villavieja, lo mismo que un perro de aguas.

»No quiero citar más ejemplos de esta clase, por lo mismo que abundan en mi memoria y también en la de usted; y le advierto que de las mencionadas tres lanchas pescadoras que había en este puerto cuando la zambullida y subsiguiente zurrubanda al catalán, no queda ya más que una. Las otras dos se hicieron astillas en la playa, donde las habían varado para recorrerlas un poco, con un marejón tremendo de Levante, cosa rara aquí, que se les fué encima una noche de repente. Los dueños se quedaban sin ellas, y los pescadores que las tripulaban *á la parte*, tan satisfechos. Así como así, estaban deseando dejar el oficio que, tras de pe-

ligroso, no les daba de comer por falta de mercado, en lo cual tenían razón, bastante más que la que tuvieron para echar á palos de Villavieja al señor catalán que quiso contratarlos con buen sueldo.

»Ahora se han agenciado un par de botecillos remendados; y merodeando aquí y allá con ellos, como merodean otros tales, á mar llana, van viviendo muertos de hambre. A estos botes, cosa de media docena en junto, y á una lancha, queda reducido hoy el material de pesca en un puerto tan considerable como éste. Y así y todo, anda de sobra el pescado en la villa, no por lo mucho que viene de la mar, sino por lo que, de lo poco, sobra para el consumo de la población, único mercado que tiene por falta de comunicaciones rápidas con otros.

»El comercio, en general, ha ido á menos, aunque le parezca á usted mentira. Han quebrado dos establecimientos de comestibles, de los que usted conoció, y se ha cerrado otro. Quedan otros tres: uno de ellos en la Costanilla, otro en la Campada y otro en la plazoleta del Maravedí. De tabernas no hablo, porque se supone que abundan.

»También ha habido alguna merma en el ramo de pañeros. Por de pronto, la antiquísima y afamada *Perla de Ezcaray*, ya no existe. Murió el viejo don Anselmo, que era el alma de la

casa, y ha sido forzoso liquidarla á instancias del yerno del difunto, un tal Córcoles, logrero y trapisondista de medianeja reputación. Los demás del gremio, unos arrastrándose poco á poco y otros como pueden, continúan en sus covachones de los arcos de la Plaza Mayor.

»Allí encontrará usted igualmente, y en próspera fortuna por cierto, al rechoncho Periquet, *El Valenciano*, como lo reza el letrero, con sus porcelanas sospechosas, su cristalería polvorienta, sus rollos de esteras resobadas y sus innumerables baratijas de relumbrón. Se le metió en la cabeza que había de dar en la suya al presuntuoso *Bazar del Papagayo*, que está á su vera, y lo ha conseguido sin gran esfuerzo. Este bazar, de gran fachada y de fondos negros y vacíos, si no de telarañas y de sogas de esparto, de escobas de palmiche, un poco de herraje basto, otro poco de loza de Talavera, dos sargas de cencerrillos y otros pocos más de incongruencias por este arte, tiene, como usted recordará, un gran papagayo de cartón pintorroteado encima del letrero que corona su escaparate. Pues Periquet, que no tiene escaparate, en su empeño de competir en todo con el bazar, ha colocado encima del letrero de su tenducho embarullado, pero bien provisto, una cotorra, también de cartón y también muy pintarrajeada, sosteniéndose sobre la palabra DE,

ó mejor dicho, con cada letra de estas dos en la correspondiente pata. En seguida descifraron el jeroglífico los desocupados villavejenses, que hasta en grupos de seis en seis acudieron los primeros días para leer en voz alta y á una: «*La cotorra de El Valenciano.*» Después soltaban una risotada, miraban hacia el fondo del bazar contiguo, y se iban haciendo muchos comentarios. Todo esto halagó en gran manera la vanidad de Periquet, y, como es de suponer, agravó los sordos rencores de los propietarios del tendajón, que, siendo villavejanos de pura raza, se sienten heridos en lo más hondo por el agravio que les hace su villa nativa ayudando á que los arruine y vilipendie un intruso y groserote que todavía usa *alpargates* y pañuelo á la cabeza, y no sabe leer ni escribir.

«Lo que no ha podido quitarle *La cotorra de El Valenciano* al *Bazar del Papagayo*, es la tertulia de prima-noche, lo mismo en invierno que en las demás estaciones del año, pero principalmente en la de invierno. Allí acuden puntualísimos, en cuanto comienza á anoecer, el párroco y los dos coadjutores, el médico viejo don Cirilo, el procurador Ajete, el abogado Canales, y *Chichas*, antiguo y ya retirado tendero de la plazuela del Maravedí, donde hizo el capitalejo con que ahora vive de holgueta. Éstos son los tertulianos fijos del bazar. El mé-

dico, el abogado y el párroco, son los hombres que más saben aquí de cosas de Villavieja, de antaño y de hogaño; y de esas cosas es de lo que más se habla en la tertulia, cuando se habla, porque comúnmente no se habla de nada allí; ni se ve, porque siempre se está á obscuras. Así es que infunde cierto miedo el mirar hacia adentro cuando se pasa de noche por delante de la puerta. Se ve, en aquel antro tan hondo y tan obscuro y tan silencioso, brillar de rato en rato una chispa aquí y otra allá, que son las producidas por otras tantas chupadas á los cigarros en ejercicio... y nada más se ve por mucho que se mire; ni ordinariamente se oyen otros ruidos que algún carraspeo seco, ó el crujido de una silla, ó la sonada de unas narices... En estos casos, aunque se sabe lo honradas y pacíficas que son las gentes allí congregadas, al pensar en meter la cabeza dentro le asalta á uno el temor de que le agarren por ella manos invisibles que le amordacen y le arrastren más allá, y le lleven, le lleven, hasta la boca de una sima muy honda en la cual le arrojen para que le vayan devorando poco á poco sabandijas y ratones. Cuando la tertulia se deja oír un poco desde el soportal, es porque se hacen (rara vez) comentarios de alguna noticia política. Por lo común, el mayor ruido es el murmullo acompasado y dormilento que pro-

ducen los relatos eruditos ó doctrinales del médico ó del abogado ó de los señores curas. Tienen este bazar y esta tertulia cierto color venerable y especial, y por eso les consagro algunos renglones más que á otras cosas de acá, sabiendo que no le molesto á usted aunque no le diga nada que ignore.

»El relojero Chaves murió años hace; pero queda la relojería donde siempre estuvo, tres puertas más abajo del bazar, lo mismo que usted la conoció. Su hijo, es decir, el del relojero, que es quien está al frente de ella, sabe tal cual su obligación; y, lo mismo que su padre, hace y vende jaulas y ratoneras, y compone cerraduras finas y rosarios, y cura por el método *Le-Roy*, muy acreditado aquí.

»La tienda verdaderamente nueva para usted en los Arcos, es la de un sastre riojano que vino á Villavieja hará cosa de seis años. No lo hace mal, y presta un gran servicio á los villavejanos que, sin pedir primores ni mucho menos, nos veíamos y nos deseábamos antes para vestirnos fuera de aquí; porque pensar que los otros dos sastres que usted conoció y aún quedan, salieran de sus medidas con tiritas de papel, de sus perneras acampanadas y de sus saldones con frunces, era pensar los imposibles.

»También ha mejorado algo el estilo de nuestros zapateros; pero poca cosa.

»Vive todavía *Gorrilla* el platero, y en su mismo tenducho lóbrego de la Rinconada de la Colegiata. Allí le verá usted cuando venga, detrás del vidrio roñoso (en el que continúan colgados de un alambre horizontal los mismos tres pares de pendientes de plata y el mismo sonajero y la misma colección de sortijas usadas), con la cabeza gacha y la cara tapada por la visera enorme de su gorra de nutria, medio pelada ya, ocupado en soldar con el soplete una cosa que siempre parece la misma, con la puerta cerrada y sin un marchante dentro ni fuera, ni tampoco en las inmediaciones, yendo ó viniendo. ¡Y dicen que vende y que gana, y hasta que tiene mucho dinero! Lo tendrá; pero dudo que lo haya adquirido con el oficio.

»Y ya que ando tan cerca de la Colegiata, no quiero irme á otra parte con el relato, sin presentarle á usted su buen amigo, y mío y de todo el mundo, don Adrián Pérez, tan entero y tan campante como si no pasaran años por él, en su sempiterna farmacia de la Plazoleta y frente por frente del pórtico del templo, con su levita negra de largos saldones, desabrochada siempre; su chaleco, negro también, abotonado hasta el pescuezo, y éste muy liado en una corbata de tres vueltas, negra igualmente, y de seda, sin asomo de cuello de camisa por ninguna parte (aunque sí del cordón del escapulario por

debajo del cogote, muy á menudo, ó por encima de la nuez), y su sempiterno gorro de terciopelo sobre la cabecita (solamente gris todavía, á pesar de sus setenta y cinco muy corridos), sobándose á cada instante el codo izquierdo con la mano derecha, hablando poco, mirando risueño y sin apresurarse, ni asombrarse, ni comoverse, ni disgustarse, ni mucho menos enfadarse por nada. Es, como ha sido siempre, la encarnación viva de la parsimonia y del bienestar, en la mejor farmacia del mejor de los pueblos del mejor de los mundos posibles. De la botica no hay que decir que sigue las leyes de su boticario: los mismos tarros de porcelana con los propios nombres en latín abreviado; la misma Virgen de las Mercedes, patrona especial del establecimiento, en su hornacina de caoba, encaramada en lo alto y principal de la estantería, es decir, en el *Ojo*, el «ojo» á que se endereza la pedrada del refrán; el mismo pildorero de castaño con sus enroñecidos *trastes* de hierro; el mismo cazo para los cocimientos, la misma tijera para cortar el baldés de los confortantes de siempre, y hasta el mismo papel emborronado, de planas, comprado á lance á los chicos de la escuela, para sus cucuruchos de pildoras y envolturas de medicamentos en polvo.

«La novedad única (á lo menos para usted) de esta botica, es el hijo del boticario, y boti-

cario él también de cinco ó seis años acá. Es un bigardón de los demonios, que tan pronto le parece á usted blanco como negro, hábil como inepto, aquí listo y allá simple. Pica en muchas cosas, y aún no he podido averiguar hacia cuál de ellas le arrastran sus verdaderas aptitudes. Parece, por de pronto, de buen acomodar, y ayuda á su padre en la botica con los mejores deseos.

«Excuso decir á usted que en este rincón de Villavieja es donde mejor ha caído la noticia de la próxima venida de usted, no porque afirme que ha caído mal en otras partes, sino porque de la cordialidad con que le quiere á usted y á cuanto le pertenece este bonísimo sujeto, respondo con el pellejo, y no me atrevo á tanto con los demás. Bien sabe usted cómo abundan aquí la carcoma y los celillos de clase; y aunque todos los Bermúdez, por dicha suya y desgracia de Villavieja, han sabido aislarse en su nido de Pelechés de las intriguillas y miserias de acá abajo, al cabo es usted Bermúdez, tiene mucho dinero y raya más alto que nadie entre todos los villavejanos, aunque no se ponga rayar. En fin, ya me entiende usted.

«Como la pintura que voy rasgueando no ha de ser escrupulosa estadística para gobierno de la dirección de Contribuciones, sino cosa muy diferente, hago caso omiso de los demás ramos

mercantiles é industriales de la localidad y de la vida que arrastran, amén de que se adivina fácilmente esa situación precaria con lo que dejo apuntado en esta misma carta y le tengo dicho en otras sobre lo á menos que han venido el mercado de los lunes y la feria de primero de cada mes. Estos recursos, que fueron para Villavieja minas de plata en otros tiempos y tanto decayeron después, continúan á esta fecha de mal en peor. Claro es que la enfermedad alcanza en proporción debida á la gente de la Aldea, nuestro barrio de labradores; y ese malestar de este importante gremio, le verá usted bien reflejado en la vega, tan floreciente y pomposa años atrás.

»Decía el inglés de la mina, ingeniero de cuenta y hombre de mucho mundo, que era muy de notarse que los villavejanos, tan indolentes y apáticos en cuanto se refería á mejoras y útiles progresos locales, fueran para todo lo demás tan animosos, tan regocijados, hasta bullangueros, y tan *susceptibles* y quebradizos de piel. Y decía la pura verdad. Un villavejano de viso, se encogerá de hombros al ver cómo se le hunde medio tejado, y perderá el sueño si aquella misma noche se le ha demostrado en el Casino que su *levisac* atrasa más de dos temporadas en el reló de la última moda. ¡Oh! en éste y otros parecidos asuntos son terribles los villa-

vejanos, sobre todo las hembras. Tenemos *mundo*, tenemos *clases*, tenemos *distinguidos* y *cursis*; horas de *tono* y horas *vulgares*; y si no se puede con ricas telas, imitamos con percalinas la forma y los colores del vestido que, según la revista de modas que reciben las *Escribanas* ó *las* de Codillo, llevaba una gran señora parisiense en cierta recepción del Elíseo. Para estos apuros y otros semejantes, hay aquí un contingente regularcito de costureras con humos de modistas, que se despistojan con el afán de conseguir que sus exigentes parroquianas no encarguen sus vestidos á la capital, que dista catorce leguas. Y lo mismo se desvela, y por idéntica causa, el sastre riojano; porque los hombres elegantes de aquí son punto menos que las hembras distinguidas.

»Las que más se *distinguen* ahora son las mencionadas *Escribanas* y de Codillo. Las primeras, llamadas así por ser hijas del difunto escribano Garduño, que dejó bastante dinero, aunque no lo que suponen las gentes, son tres y la madre: ésta bajita y gorda, y aquéllas altas y delgadas, no de mal parecer, pero tampoco guapas. Se atufan por cualquier cosa, y muchas veces van riñendo unas con otras por la calle, á media voz, pero muy sofocadas é iracundas. Las de Codillo, hijas de don Eusebio Codillo, el dueño del *Café de la Marina*, de la calle del

Cantón, hoy arrendado á un murciano, son cinco y muy desiguales entre sí en color, en estatura y en carnes; pero todas ellas tienen cierto andar, cierto sonreír y cierto... vamos; y, sobre todo, unos humos de señoritas principales y acaudaladas, que meten miedo. Á Codillo, que siempre fué una tenaza y una esponja para el dinero, le da ahora por despilfarrarse con la familia y hasta por acompañarla vestido de punta en blanco. Es teniente de alcalde, está viudo, y eso le salva, porque su mujer era una fiera hasta para amarrar el ochavo.

«Con menos caudal que estas dos familias y con los trapitos arreglados en casa, forman en la misma clase, primeramente, las dos nietas del *Indiano*, aquel fahenda que usted conoció ya viejo. El heredero, su hijo Martín, se comió en dos años la mitad de la herencia, y con la otra mitad pretendió en lejanas tierras á una supuesta ricachona, que resultó pobre del todo después de casada, pero muy vanidosa. Vive ella y se murió él; y con lo poco que dejó, bien estiradito y apurado, se dan el gran pisto las tres hembras de la casa.

«Después de ellas, ó á par de ellas, mejor dicho, las *Corvejonas*, así llamadas por ser hijas de don Aniceto Martínez Liendres, *Corvejón* de apodo, por herencia de su padre, que fué herrador y albeitar, con igual mote, como usted

recordará. Traficó Aniceto con suerte en ganados; casó bastante bien con una hija de otro traficante asturiano, y ahí le tiene usted con su *don* como una casa; y aunque le han mermado los caudales en más de la mitad, con unos humos que no le caben en la chimenea.

«Al lado de las *Corvejonas* figuran las *Pelagatas*... Pero ¡qué jugo va usted á sacar de la lista que yo forme, si toda esa gente es nueva y desconocida para usted, sin precedentes de nombre ni de arraigo en toda la población? Ya las conocerán ustedes cuando vengan, si conocerlas quieren, lo propio que á las de la jerarquía subsiguiente, las calificadas de *cursis*, por las primeras, y, como tales *cursis*, menospreciadas.

«Entre tanto, sepa usted que, de poco tiempo acá, anda fluctuando entre las dos categorías, con síntomas de caer en la primera, la sobrina de su señor cuñado de usted, el marido de doña Lucrecia. Desde que empezó á enriquecerse de veras este insigne villavejano, amparó rumbosamente á la familia que le quedaba aquí, su madre y una hermana, ésta casada con un labrador del barrio de la Aldea donde ellos vivían y eran labradores también. Murióse la vieja, y quedó el matrimonio joven, con una niña, ya establecido en el casco de la población y viviendo de sus rentas, ó sea de la pensión del mejicano. Metieron á la niña en la «ense-

ñanza» de doña Eustoquia; no era un adoquín, ni fea; desbravóse allí bastante; consiguió luego desbatar y pulir algo á su madre, que bien lo necesitaba; murióse el padre de un tabardillo, porque la holganza y el buen pesebre le tenían hecho un odre y algo picado á la bebida; creció la muchachuela y se hizo una moza regular y de buen aire; tomóle tal cual á su lado la viuda... y como la espuma hasta hoy. Ambas saben que viene este verano su sobrino de usted, y afirman que se hospedarán en su casa cuando pare en Villavieja, y que, como las quiere tanto... «¿quién sabe lo que podrá suceder?» Conque sírvale á usted todo ello de gobierno: lo uno, para su satisfacción, y lo otro, por si ha pensado en preparar cuarto al mejicanillo en Peleches.

»Hablando ahora en serio otra vez, añadido á lo dicho sobre las mujeres *de tono* de Villavieja, que tienen para exhibirse en toda su pomposidad, cuatro bailes *de tabla* al año: uno, el más solemne, el tradicional del Ayuntamiento el día de la Patrona de la villa, y tres en el Casino, dos de ellos en Carnaval y uno en Pascua de Resurrección. Todos de sala y con larga cola, no de vestidos, sino de disgustos: en unas, porque no fueron invitadas; en las invitadas, porque no debieron serlo muchas «cursis» que lo fueron. Lo propio sucede cuando en el Casino hay veladas artístico-literarias y leen los

chicos poetas de la localidad, y tocan el piano las señoritas que lo entienden. Siempre quedan detrás de la fiesta ocho días largos de murmuraciones y disgustos. Por eso, si bien se mira, donde mejor lo pasa durante el invierno la juventud de ambos sexos, es en las reuniones que dan en competencia las Escribanas y las de Coddillo, y, á veces, las Corvejonas. Cada cual de ellas invita á «sus relaciones», y nadie tiene derecho á quejarse si no es invitado ni «relación» de la casa. Los paseos de moda son, en invierno y con mal tiempo, los Arcos de la plaza; y con sol, la Chopera de la Campada; en el verano, los mismos Arcos en el primer caso, y en el segundo la Glorieta de la Costanilla, el mejor paseo de Villavieja, como usted sabe, porque le tiene casi lindero de Peleches, dominando la playa y el mar por una parte, por la otra la vega y por la otra la villa; y no domina por la cuarta, es decir, por el Sur tanto como por la opuesta, porque allí está Peleches que lo domina todo, incluso la Glorieta.

»Las horas de tono en todas las estaciones del año para pasear las señoras, son las últimas de la tarde y á la salida de misa mayor en los días festivos... En los días de trabajo no se pasea: se calleja por la villa con cualquier pretexto, *ó se anda*, como los simples mortales, por donde se quiere ó se puede.

»Como eterna protesta contra todos estos ceremoniales de similor, quedan míseros restos de aquellas pocas familias de relativo abolengo, que en tiempos de nuestra juventud eran gala y ornato de la villa. Se complacen en asistir de trapillo adonde estén las otras muy emperejiladas, ó en no asistir de ningún modo, como á sus bailes, ó en andar muy majas en sitios y á horas diferentes. Así protestan; pero no triunfan, porque la ley de los más se impone al cabo.

»Se va extendiendo demasiado esta carta, y aún me resta hablar á usted de los hombres; no mucho, porque habría de sucederle á usted con los que bullen y «dan el tono», lo propio que con las hembras equivalentes: no los conocería por más que se los fuera citando uno á uno. Hay *clases* también, y *distinguidos* y *cursis* entre ellos, y distancias, por tanto, que se guardan hasta en el Casino diariamente. Esto le baste, que mundo y habilidad y cacumen le sobran á usted para deducir el resto.

»El Casino es el *alma mater* de todos ellos. Allí van á parar los más altos y los más bajos, los *cursis* y los *distinguidos*, de día y de noche; y si en el establecimiento no se ha puesto una tachuela desde que usted le conoció (donde aún continúa, encima del *Bazar del Papagayo*), no es por falta de concurrentes abonados, sino porque, más ó menos *distinguidos*, todos

los que van pasando por allí son de madera vilavejana; que ya sabe usted la virtud que tiene en esto de dejar que las cosas se acaben por sí mismas, aunque no falta quien afirma que en el *confort* de la casa se gastaría algo más si se jugara algo menos, y no tan á menudo, en la famosa *leonera*, escondrijo de la sociedad donde los socios se despluman á diario como unos caballeros.

»Ya le indiqué á usted de pasada que había chicos poetas aquí, que leían en ciertas veladas. Es la verdad; y también bullen y peroran en los soportales de la plaza, y á la puerta de la Colegiata cuando entra ó sale la gente, y en la Glorieta, y en la Chopera, y en el Casino y donde quiera que haya público que los oiga. Han tenido hasta conatos de un periódico semanal; pero la falta de una imprenta en la villa les aguó la fiesta. Á alguien de ellos se le ocurrió después hacerle autógrafo y reproducir los ejemplares con una prensa de copiar, como las usadas en el comercio, y así se hizo con gran éxito y resonancia en toda la población.

»Comenzaba ya el periódico á producir disgustos entre muchas familias aludidas por los chicos, cuando llegó de la Universidad, va á hacer un año ahora, Tinito *Maravillas*. Éste es un jovenzuelo chiquitín, paliducho y lacio, con gafas, pelo de ratón y patillitas transparentes.

Usa á diario *chaquet* negro y bastón. Es hijo de un tabernero de aquí, algo levantisco, el cual se ha medio arruinado para darle la carrera, porque desde que Tinito (Agustín) comenzó á hablar, se le antojó á él que *sacaba* mucho talento y había de llegar á ser una maravilla, si se le educaba convenientemente. Tinito lo creyó así también, y por maravilla se tiene después de licenciado, y por maravilla le ha proclamado y le proclama su padre en la taberna y en todas partes, y *Maravillas* se le llama dondequiera. Pues este *Maravillas*, que se había hecho notar aquí en todas las temporadas de vacaciones, ahora es una barbaridad lo que destaca, particularmente entre sus contemporáneos, por lo que sabe y por su modo de pensar. Á los chicos del periódico autógrafo los asustó. Villavieja necesitaba en su lastimoso estado de modorra, algo más que coplas y chismografía. Él había escrito en revistas librepensadoras, de gran importancia, y sabía lo que eran esas cosas. Si querían su colaboración, no tenía inconveniente en prestarla, pero á condición de que el periódico fuera dirigido por él y saliera en letras de molde; lo cual no era difícil imprimiéndole en la capital. La proposición sedujo, y en realizarla se anda desde entonces.

»Tinito habla poco, casi nada; pero se deja ver en todas partes, con la cabecita muy alta y

en la cara una sonrisa entre compasiva y desdenosa. No va á misa, por supuesto; y si se le pregunta por qué, hace un gestecillo como de asombro, sin dejar de sonreírse, y no responde más. Oye hablar de Dios, sonrisita; oye hablar de reyes, sonrisita; oye, en fin, hablar de todo lo corriente en los pueblos regidos por leyes, usos y costumbres á que estamos avezados usted y yo, sonrisita. Á su padre se le cae la baba con estas cosas de *Maravillas*, sobre todo cuando le ve echar desprecios, á su modo, sobre el viejo resabio de «las clases», tan arraigado en Villavieja; y *Maravillas*, en tanto, teniendo á menos decir de quién es hijo, y pegándose como una lapa á lo que aquí se tiene por aristocracia de la población, que no sabe, á la hora presente, si temerle, si admirarle ó si reírse de él; porque en Villavieja ha habido siempre muy poco entusiasmo por las ideas políticas y filosóficas. Lo más exaltado de aquí no pasa todavía del progresismo histórico, tal como lo dejó el Duque de la Victoria al volverse á Logroño en 1856.

»Sin embargo, no ha predicado enteramente en desierto el joven apóstol desde que vino licenciado de Madrid. Ya tiene algunos partidarios casi entusiastas, entre los mareantes y los zapateros, á quienes se digna hablar, de tarde en cuando, de Compte, de Büchner y de Lom-

broso, asegurándoles de pasada que él conoce hasta la última palabra de la ciencia experimental, escoba y azote del viejo mundo teológico y metafísico.

»Yo creo que habría palos en el Casino si á Maravillas le diera por hablar tan recio allí, porque solamente con la estampa y la sonrisita es ya una indigestión continua para ciertos y determinados temperamentos: uno de ellos el fiscal, de seguro; y muy probable, el hijo del boticario, que es atroz por lo sincero, por lo acelerado... y por lo forzado, y se pasa las horas muertas jugando al billar con el ayudante de Marina que está siempre desocupado. No tiene otro vicio; pero un taco espantoso.

»El fiscal lleva en este juzgado cuatro años, y es un sujeto digno de estudio. Es aragonés, solterón y joven todavía, pero algo acabado. Detesta la profesión tanto como á la villa, y ni siquiera trata de disimularlo. Las acusaciones suyas son dictérios y palizas contra todo lo que trae entre manos, hasta la ley, que no le da cuanto necesita para despacharse á su gusto. Para él no hay atenuantes ni eximentes. Siempre pide el máximum de la pena para toda clase de delitos. Cuando habla de Villavieja, la *acus*sa del mismo modo, porque está deseando que le echen de la carrera y de aquí. Pone cada mote que no le levanta nadie, por lo bien que

cae. Tiene talento y gracia y se deja querer, porque, después de todo, es un lagarto muy apreciable, hombre de bien y de trato muy ameno. Antes jugaba mucho al tresillo; ahora se le halla casi toda la noche y parte de la tarde fumando y tomando café en una mesa, cerca de la de billar, viendo cómo juegan el hijo del boticario y el ayudante de Marina, hablando con ellos á su modo á ratos, y á ratos con dos abogados y un médico, jóvenes, de lo más culto y tratable que hay aquí, y conmigo, que solemos acompañarle...

»Para concluir, mi señor don Alejandro: continúan los cerdos revolcándose en las calles sin empedrar, y las gallinas picoteando el césped del encachado de la plaza; el casón histórico, llamado de *los Capellanes*, se desplomó en abril del año pasado; está mal sostenido con puntales lo que queda del convento de Premostratenses; se va á apuntalar la fachada Norte de las Casas Consistoriales, y en la calle del Cáncamo se abrió de repente una sima, tres años hizo en febrero, y sin rellenar se encuentra á la hora presente.

»Con esto y lo que se adivina, ya sabe usted de Villavieja casi tanto como su muy obligado y afectísimo amigo q. l. b. l. m.,

CLAUDIO FUERTES Y LEÓN.»